

a la homosexualidad, allí sí que el vanguardista español podía haber debelado un tabú que era enérgicamente defendido por los anarquistas, pero este tema no fue prácticamente abordado con franqueza ni con audacia por ningún surrealista español (ni francés, añadamos) y si llegó alguno (pensamos en Lorca) a escribir sobre el tema, todavía quedan inéditas estas obras, merced a la voluntad de la familia y al peso de la sociedad. En la mayoría de los casos la homosexualidad se sublimó a través de los cómodos mecanismos de la sociedad española, *ghetto* juvenil, tertulias, ateneos, bromas colectivas (en las que los orines desempeñan un papel notable), banquetes y celebraciones periódicas.

5. La participación de España en el conflicto mundial, como circunstancia coyuntural, contribuyó indudablemente a no permitirle participar de este mecanismo compensatorio que se pone en marcha después de las grandes matanzas bélicas: la exaltación de lo genésico, el gozo de vivir, la explosión emocional, el enconamiento de la rebelión juvenil. Aquí no nos parece inoportuno recordar que las dos grandes guerras con matanza de millones de hombres (la Napoleónica y la de 1914-18) que conoció Europa entre 1800 y 1920 fueron seguidas de grandes trastornos en las mentalidades y de una crisis muy aguda en los ideales de la juventud, especialmente de la juventud intelectual (Romanticismo, Dadaísmo y Surrealismo). En su novela *Les Illusions Perdues*, Balzac recalca el recrudescimiento pasional que acentúa el corte generacional: «... Nada demuestra tan abiertamente el ilotismo a que había condenado la Restauración a la juventud. Los jóvenes que no sabían en qué emplear sus fuerzas no las desperdiciaban sólo en el periodismo, en las conspiraciones, en la literatura y en el arte, las disipaban en los excesos más extraños, de tanta sabia y exuberante potencia como había en la Francia joven. Trabajadora, esta bella juventud quería el poder y el placer; artista, quería tesoros; ociosa, quería ejercitar sus pasiones; de cualquier manera, quería un sitio, y la política en ninguna parte se lo dejaba...»

En cuanto al período que nos ocupa, tenemos el testimonio de Robert de Traz en un libro que, a pesar de ir destinado a explicar el fracaso de la S. D. N., no deja de describir perfectamente el fenómeno: «... Si bien la generación que vivió la guerra creyó encontrar al fin el reposo en el orden decretado en Viena y en Versalles, una parte de la juventud que le sucedió sintió una inquietud que no previeron los diplomáticos: irritada por unas fórmulas en las que no se reconocía a sí misma, decepcionada por la disparidad entre promesas y hechos, ávida de ocupar su sitio a su vez, esta juventud se ha

rebelado; en varios países deseó e impuso formas nuevas de sociedad, una idea distinta del hombre... No se repiten, pues, únicamente las circunstancias, sino, en cierta medida, los hombres también. Con cien años de distancia, suenan las mismas palabras, se reproducen las mismas actitudes, y parece como si, ante nuestra mirada, por un curioso efecto de óptica, se reencarnara el pasado...» (*De l'alliance des rois à la ligue des Peuples. Sainte Alliance et S. D. N.*) (6).

Para acabar con este punto, que requeriría mayores explicaciones, añadamos que, oscuramente, la juventud atribuía a los padres, a la Patria, la iniciativa de tales genocidios, y, en un proceso de percatamiento inconsciente, desvalorizaba las superestructuras de la sociedad (entre otras la moral y la ideología del *establishment*), rehabilitando los impulsos libidinales y la figura de la madre, e insistiendo en su faceta benéfica y protectora: de ahí una de las raíces de un relativo culto a la Mujer en el Romanticismo y en el Surrealismo.

* * *

Con estas cinco precondiciones, exteriores al grupo intelectual como tal, que acabamos de señalar sólo pretendemos evocar algunos aspectos del entorno socio-psíquico del nacimiento de un surrealismo español. Ahora quisiéramos, esquemáticamente también, indicar alguna que otra de las determinaciones *internas* del grupo que condicionaron igualmente su participación en la vanguardia surrealista.

Puede decirse que en las sociedades que solemos observar desde este punto de vista (principalmente el mundo occidental y Rusia), en diversas *élites* (políticas, militares, técnicas, pedagógicas, religiosas, reflexivas, artísticas, etc.) funcionan con un apéndice complementario que son sus vanguardias: éstas son el conducto principal que permite, o más bien fuerza a aquéllas a aceptar la *innovación* (sea técnica, ideológica o estética), facilitando el mecanismo de readaptación constante a la realidad. De la calidad de sus vanguardias, de su sensibilidad y fiabilidad depende en gran parte el valor de la *élite* correspondiente. Los períodos de exuberancia vanguardista son los de grandes trastornos en la visión del mundo dominante (ideología y valores), momentos en que crece la utopía, al disminuir la capacidad de la *topía* para mantener un cierto equilibrio de satisfacción entre aspiraciones contrarias (libertad/sometimiento, destrucción/construcción, etcétera). Cuando la innovación vanguardista es operativa, cuando *conviene* (es decir, cuando permite reducir el desfase entre la visión que de la realidad se tiene y esa misma realidad), entonces es cuando la vanguardia ha logrado su meta, pero también es en este mo-

(6) Grasset, París, 1936, p. 10.

mento cuando suele descomponerse y pasar a formar parte de la *élite*. Hay que tener en cuenta que este proceso se efectúa en el tiempo y que, entre tanto, las vanguardias envejecen, dejando espacio para otro hito generacional. Como lo decíamos al principio, Julien Benda, en ese libro que escribió entre los años cuarenta y uno y cuarenta y cuatro, reconoce, mesándose amargamente los cabellos, que el surrealismo ha triunfado y que ha invadido a toda la literatura francesa, transformándose en la estética dominante del decenio, y desapareciendo, por tanto, como tal vanguardia. Otro tanto podría decirse del cubismo, del hiperrealismo, del marxismo, del existencialismo, del estructuralismo y, pronto ya, de los jóvenes filósofos.

Pero para que este mecanismo banal funcione con toda eficacia es menester que las *élites* tengan un cierto peso social, una fuerte homogeneidad y, naturalmente, alcancen un volumen crítico en la sociedad dada, condiciones estas tres escasamente reunidas en el caso español que nos ocupa.

Sin embargo, una coyuntura aparentemente favorable se presentaba en el caso de las vanguardias surrealistas en España: éstas surgían después del (relativo) fracaso de otras «vanguardias» importantes del país: los intentos *revolucionarios* de las Juntas Militares de Defensa organizadas en torno al coronel Benito Márquez (junio de 1917), las veleidades neo-constitucionalistas de los parlamentarios en Barcelona (julio), la escasa ejemplaridad de la estrategia huelguística de la coalición CNT/UGT (agosto), el estancamiento de las esperanzas electoralistas de los socialistas (1919-1920) y la caída de la agitación anarquista en Barcelona y Andalucía (1922). Pero, en vez de sentirse animadas a recoger sistemáticamente la antorcha de la acción y de la teoría revolucionaria en su propio plano, el de la creación estética, solamente pudieron las vanguardias surrealistas españolas llenar el firmamento con estrellas fugaces y meteoritos, cuando acaso hubieran podido dar nacimiento a un nuevo universo. Pudo más el ambiente juvenil, el juego, la bohemia imaginaria, la vida pacata, el cacicazgo de los padres, de los abuelos o de los hermanos profesores (Ortega, Juan Ramón o Diego), o el cordón umbilical del folklore regional y la reticencia a la introspección.

Para resumir este punto, digamos que el vanguardista surrealista español *no hacía secesión*: ni el *Catecismo del Revolucionario* de Netchaev era su libro de cabecera, ni anhelaba entregarse a la *Imitatio* de Rakmetov (7): la Metanoía le era ajena.

(7) Héroe positivo ideal del *Qué Hacer* de Tcherychevski. Sobre este punto, véase el capítulo VI titulado «L'intelligentsia» y el capítulo siguiente «L'Homme Nouveau», de *Les origines intellectuelles du léninisme* de Alain Besançon, Calmann-Lévy, París, 1977, páginas 99-130.

Esta misma inapetencia al mesianismo surrealista de los vanguardistas españoles (8) es uno de los síntomas que indican que la intelectualidad española no llevaba muy adelantado el proceso de su constitución en clase: este proceso empezó a realizarse a partir del año treinta y se aceleró durante los años de radicalización republicana, a un ritmo cuya rapidez era función de la ocupación de puestos en la burocracia del Estado, o de los partidos, sindicatos y organizaciones culturales afines. Este proceso de nacimiento de la *clase* intelectual se ha proseguido durante el franquismo, acelerándose en los años del desarrollo. Pero, como dice Iván Szelenyi (9): «... Si bien es probable que la verdadera *intelligentsia*, desde los magos de las sociedades tribales, pasando por los sacerdotes y los monjes de la Edad Media, hasta los revolucionarios bolcheviques del siglo XIX y de principios del XX, o los tecnócratas planificadores de finales del siglo XX, siempre ha tenido ganas de monopolizar el poder, esta meta sólo llega a ser realista con la creación de las instituciones de las economías redistributivas socialistas de Estado...» (10).

El surrealismo francés, por muchas razones y por algunas de las que hemos descrito en las páginas anteriores, resistió mejor que el español a la diáspora hacia el marxismo, a pesar de la pérdida de Eluard y Aragón, y siguió ejerciendo su función crítica, como lo anotaba Benda en 1941. Desde entonces ha permitido la génesis del movimiento situacionista, crítico humorista de las ridiculeces neo-totalitarias. En España puede decirse que no parece haber dejado muchos hijos, sino un recuerdo poético, y una polémica. Pero, precisamente, el mismo renacer de esta preocupación por el surrealismo español desde hace unos quince años y la resonancia que tuvieron recientemente en España las representaciones teatrales de obras de Alberti y de Arrabal y el acento nobeliano puesto en la obra de Aleixandre indican que el propio desarrollo de la sociedad española y la ideologización unitaria de las *élites* actuales acaso vayan sentando las bases de un neosurrealismo.

EVELYNE LOPEZ CAMPILLO

5, rue de Saclay
92 CHATENAY-MALABRIS (Francia)

(8) Encontramos acentos que parecen desmentir esta idea en Giménez Caballero y en Dalí, por ejemplo, pero suenan más a postura que a fe profunda.

(9) «La position de l'*intelligentsia* dans la structure de classe des sociétés socialistes d'Etat», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, París, núm. 22, junio 1978, p. 62.

(10) Después, claro está, de unos años al principio del socialismo de Estado en los que la *élite* dirigente tiraniza a la *intelligentsia*.